

XIII

TURISMO

Puerto Rico a los Ojos de un Turista

Por Francis W. Hoadley,

Co-Editor de "El Libro de Puerto Rico."

Ex-Tesorero Auxiliar de la "Alabama Terminal and Improvement Company", y Ex-Auditor de la "Alabama Midland Railway Company"; Ex-miembro de las redacciones de "Cassiers' Magazine", "Engineering Magazine", "Railway Age" y otras publicaciones. Ex-Editor de las publicaciones "Tariff", y "Trans-Continental News"; últimamente Director de Anuncios de la "Trans-Continental Freight Company". Escritor para Revistas y otras publicaciones.

EL NACIMIENTO DE PUERTO RICO

(Según estudios geológicos recientes, la Isla de Puerto Rico se ha sumergido y emergido repetidas veces.)

Allí donde las aguas refulgentes
Esparcieron las perlas de su espuma,
Surgiste, como Venus, esplendente,
Del encrespado mar, tu antigua cuna.

Hija de un esfuerzo majestuoso
Realizado en el fondo de los mares,
Te hizo Dios de cuerpo rumoroso,
Y te rodeó de magníficos palmares.

Preciosa joya de la naturaleza,
Engastada en los cielos tropicales,
Ofreces, como virgen, la pureza
De tus ardientes y grandes ideales.

F. W. H.

(Versión del poema por José Heriberto López.)

Si mis conocimientos de historia son exactos Colón y Ponce de León fueron los primeros turistas que visitaron Puerto Rico en las expediciones que bajo su dirección desembarcaron en la Isla.

Porqué hizo Ponce de León su segunda visita: Habiendo admirado los encantos de la Isla por un completo viaje de circunvalación en vapores de pasaje y de flete, por una inspección rápida desde los carros del ferrocarril americano y por largos paseos en automóvil dados en todas direcciones, el autor de este artículo declara que no le sorprende en modo alguno que Ponce de León, fascinado como quedó por tanta belleza, quisiese contemplarla de nuevo en una segunda visita. Piensa también el autor en lo contrariado que debió sentirse Colón cuando la conoció en su segundo viaje, por no haber dado con ella en el primero.

Un sitio inolvidable: La verdad es que Puer-

to Rico, representando tan sólo la marca del pulgar sobre el mapa del hemisferio occidental, deja en el corazón del turista una impresión que es indeleble aún para la mano del tiempo por sus maravillosos panoramas y su delicioso clima.

Cristóbal Colón tenía una ventaja sobre este escritor cuando acertó con Puerto Rico en 1493, pues le guiaba un propósito: ir a Santo Domingo, en tanto que el autor de estas líneas no sabía a donde dirigirse cuando pensó en esta isla mientras se hallaba en un hospital de Nueva York, convaleciendo de una crisis nerviosa debida a exceso de trabajo.

Por lo demás, Ponce de León vino a Puerto Rico buscando una fuente vigorizadora que no tuvo la suerte de encontrar, mientras que el que esto escribe, más feliz que aquel hidalgo aventurero, al desembarcar en la Isla el último mes de marzo de 1922 dió directamente con un manantial de salud que le proporcionó nuevo vigor y nuevos alientos.

Sólo a noventa y seis horas de Nueva York: Fué en Puerto Rico, en el puerto de Aguadilla, donde Cristóbal Colón halló el agua que necesitaba para sus barcos y donde Ponce de León no halló la que había de menester para su salud. Fué en Puerto Rico, sinembargo, donde descubrió el autor la razón del por qué una persona agotada por el cansancio, puede proporcionarse del modo más grato y rápido importantes factores de una renovación vital: aire puro, reposo tranquilo, belleza panorámica, noches serenas y frescas, felices días en compañía de gentes con quien es fácil congeniar; comodidades reales y positivas y . . . —no se eche esto



RECEPCIÓN DADA POR LA CÁMARA DE COMERCIO Y LAS AUTORIDADES MUNICIPALES A UN GRUPO DE TURISTAS. TOURISTS TO "UNCLE SAM'S TROPICAL GARDEN." MR. MIGUEL MORALES, PRESIDENT OF THE SAN JUAN CHAMBER OF COMMERCE, DOES THE HONORS.

en olvido—todo a noventa y seis horas de Nueva York.

Pequeña por sus dimensiones, grande por sus delicias: ¿Qué nos induce a aconsejar una visita a Puerto Rico, a todos los que necesiten viajar por motivos de salud? Porque en esta isla se goza de perenne primavera, y en contemplación perpetua de cuanto nos rodea; también se goza aquí de un cielo azul que aleja toda tristeza, y de un sol que, como el corazón de sus habitantes, es siempre cálido y tierno.

Como el lector ha sido invitado a pensar en Puerto Rico, es natural que expresemos nuestra impresión sobre esta tierra: la más bella de todas las islas que hemos tenido la fortuna de visitar.

Al describir a Puerto Rico, como se nos ha pedido que lo hagamos, es difícil hallar un comienzo, existiendo en el país tantas cosas interesantes y placenteras. Este empeño nos recuerda los tiempos en que una linda muchacha nos pedía que la ayudásemos a desmadejar un enmarañado bollo de estambre—no sabíamos por donde empezar ni cómo dar término a trabajo tan delicioso.

Perfectos caminos y clima perfecto: Puerto Rico, la Joya del Caribe, posee una red de magníficas carreteras; mil cuatrocientas millas de caminos en una isla de treinta y seis millas de ancho por cien de largo, tersas y suaves

como un "boulevard" de Chicago o Nueva York, por donde se viaja con la mayor comodidad a través de panoramas del trópico iguales a los más bellos del mundo.

Puerto Rico posee un clima perfecto, y hablamos con la experiencia de quien ha pasado los meses de invierno, como los del verano, en tan hospitalarias playas. Ofrece esta tierra preciosos paisajes, encantadoras mansiones y excelentes condiciones de salubridad. Está libre de epidemias y de volcanes, de devastadoras tempestades y de reptiles peligrosos o de insectos dañinos.

Ni sequías ni lluvias excesivas: No se conocen las largas sequías. Existe una temperatura media de 76° y unas setentisiete pulgadas de lluvia en todo el año. Los vientos alisios y frecuentes chubascos, de breve duración, que refrescan el aire, hacen a esta isla, que jamás visita el invierno, un sitio ideal para turistas.

Algunos de sus muchos atractivos: Tales son las condiciones generales de Puerto Rico. ¿De qué trataremos luego? ¿Describiremos sus viejas fortalezas y calabozos, mencionando al Morro edificado en 1584, y que parece saludar al turista cuando éste entra en el puerto? ¿O tantos edificios históricos e iglesias, entre ellos Casa Blanca, ese albo castillo construido hace cuatro siglos y habitado actualmente por el jefe de los puertorriqueños que visten el uni-

forme de los soldados americanos y que reverencian las Franjas y las Estrellas? Por virtud de su antigüedad, ¿mencionaremos primero la catedral, de cuyas torres se desprenden vibraciones de sus campanas un día tras otro desde el 1540 o empezaremos por la abrumadora belleza natural de las montañas, valles y palmares y los perfiles del horizonte?

No; seamos justos con tantos encantos, y como un turista sólo puede observarlos desde los magníficos caminos que aquí hay (por no seguir este plan muchos viajeros se equivocan), tomemos uno de tantos que serpentean la Isla, ladeando las montañas, ascendiendo o descendiendo; muchos de ellos seculares testimonios de la habilidad de los antiguos ingenieros españoles.

En la Carretera Central: Partamos de la ciudad capital, San Juan, con su herencia arquitectónica del pasado y sus espléndidas construcciones modernas, que medio siglo antes que San Agustín, en la Florida, ya estaba figurando en la historia, y comencemos nuestra caminata tomando la Carretera Central—quizá el mejor camino del mundo—sin duda una vía de sorpresas y delicias para el visitante.

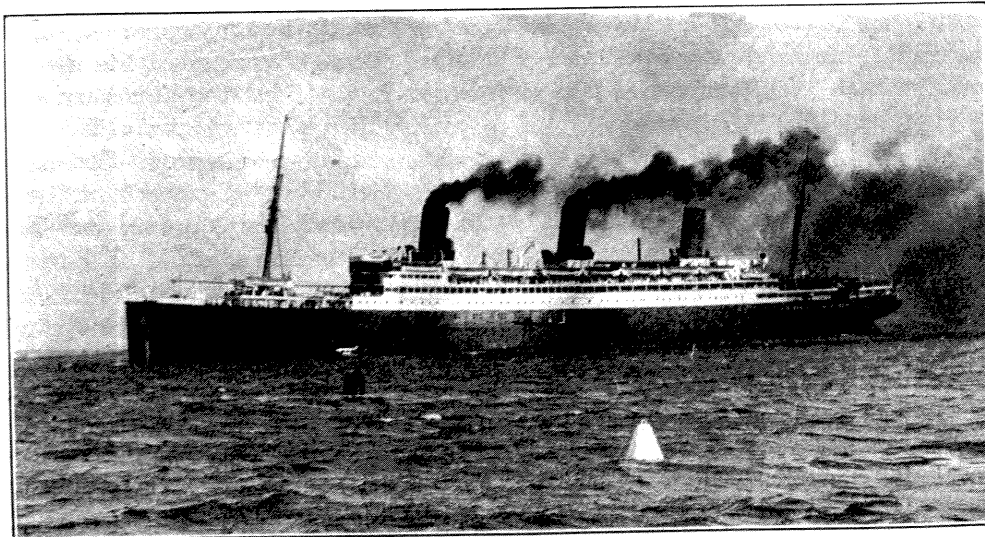
Marchamos al través de San Juan. La ciudad se levanta sobre un islote hermano de la isla mayor, Puerto Rico; vamos primero por calles estrechas; luego pasamos frente al hermoso Casino de Puerto Rico; más adelante junto a

los edificios de la Asociación Cristiana de Jóvenes y de la Biblioteca Carnegie y una vez en el puente de San Antonio columbramos los elegantes barrios de Santurce y Miramar, con sus hermosas residencias. Pasado el puente vemos la "Union Church," hermoso templo protestante, rodeado de espaciosas residencias.

Si ahora volvemos atrás la vista, contemplaremos el Castillo de San Gerónimo, y la amurallada ciudad romántica coronada por las almenas de San Cristóbal, sentada junto a su hermosa bahía, y a la vera de sus lagunas y montañas. ¡Bello espectáculo que admira el autor de estas líneas desde su lecho todas las mañanas!

Más adelante estamos en uno de los llanos característicos de la Isla. Llegamos a Río Piedras. Aquí el turista avisado buscará el Jardín de la Convalecencia, poblado de espléndidos árboles que forman elevadísimos arcos de verde follaje, sitio que fué residencia veraniega de los gobernadores españoles, y que es ahora un parque abierto a cualquier ciudadano por humilde que sea. Si el turista tiene medios de ser presentado, no perderá la oportunidad de visitar a don José Monclova, poseedor de una extraordinaria colección de medallas de oro, plata y cobre; premios ganados por productos farmacéuticos, en diversas exposiciones internacionales.

Siguiendo por curvas y espirales, se llega al



EL BARCO DE TURISTAS MÁS GRANDE QUE HA ENTRADO EN LA BAHÍA DE SAN JUAN.
ONE OF THE SHIPS OF THE SEVEN SEAS FOLLOWING COLUMBUS' EXAMPLE.

sitio más elevado de la Isla, Aibonito, que está a unos dos mil pies de altura. Al columbrar esa perspectiva "Ay! Bonito!"—exclamamos— y expresándonos así inconscientemente damos el nombre de la población de Aibonito.

Siguen vueltas y revueltas numerosas, y he aquí, al fin, Ponce, fundado en 1692, animado de un gran espíritu de iniciativa. Observad las lindas muchachas que aquí, como en todo el país, álegran los ojos del que las contempla, paseándose en gran número los domingos por la noche por la Plaza Central, paseo de bellas alamedas, con su antigua catedral en el centro, digno marco de las bellezas ponceanas.

Una ruta cinematográfica: ¡Qué panorama tan variado el que presenta la maravillosa Carretera Militar a los ojos del turista! Pintorescas residencias rurales, magníficos jardines—siendo toda la Isla un bello parque dibujado por la mano de Dios—palmares, vastos llanos cubiertos de ondulantes cañaverales y laderas sembradas de tabaco, café y frutas, montañas purpúreas, verdes colinas, rocas formando despeñaderos, sombras cambiantes y grandes explosiones de luz sobre la vasta sucesión de arrobadoras vistas; la Carretera Central, la ruta cinematográfica del turismo en Puerto Rico. ¿Exageración? No. Estas palabras no hacen justicia todavía al modo espléndido con que la Naturaleza prodigó sus gracias en esta tierra encantada.

Hagamos ahora una larga recorrida a la sombra de las cruzadas ramas de los mangos del camino y bajo los arcos de llama de los flamboyanes o árboles flameantes, que en determinada estación del año alfombran el suelo con un brillante tapiz de sus caídos pétalos. Ya estamos fuera de las "poinceanas regias."

Sigamos adelante, pasando un momento por una estrechura de bananos, naranjas y toronjas de un lado, y del otro profundos precipicios. Subimos, subimos, hasta alcanzar una cima que despliega un paisaje inolvidable. Dos mares abarca la mirada; el Atlántico y el Caribe; uno a la derecha y otro a la izquierda. Y ahora, obsérvese qué número ocho más perfecto ha escrito el camino en su ascensión.

Un monumento de dos millones de dólares que honra a antiguos ingenieros: Un paseo en

automóvil por la carretera central llena a uno de la alegría de vivir. También se siente admiración por la pericia y trabajo de aquellos ingenieros militares que construyeron dicha vía con un costo de cerca de dos millones de dólares, para ofrecer un placer perdurable a la humanidad, por luengos años, después que su obra estuvo terminada. ¡Enorme labor que avalora esta carretera eterna de escenas kaleidoscópicas!

No olvide su abrigo o su sobretodo: Tal vez el turista ha tenido la suerte de partir de San Juan, de madrugada; para esto es necesario un carro particular o alquilado, pues las líneas de guaguas que se dedican al servicio de pasaje entre San Juan y Ponce no salen hasta después de las ocho de la mañana. El viajero estará más que compensado por madrugar tanto con la salida del sol tropical sobre las montañas, iluminando nuevas bellezas. Si tal es su buena fortuna, he aquí una excelente advertencia: no olvide su sobretodo y sus mantas, pues por tibia que sea la temperatura en San Juan, a la salida, no ha de pasar mucho sin que el crudo aire de las montañas haga muy deseables aquellas prendas.

Temperatura: No piense que Puerto Rico es una tierra de calor tórrido porque está en los trópicos, pues tiene durante todo el año un clima sin igual en el mundo, con una temperatura de 73° en el mes más frío y de 79° en el mes más cálido, mientras que al medio día los rayos del sol están amortiguados por los vientos alisios y la decreciente humedad.

Advertencia hecha al turista por Ponce de León: Nada tiene de extraño por lo tanto, que Ponce de León, al realizar su segundo viaje al Nuevo Mundo visitase Puerto Rico antes que Florida, señalando así el camino, quizá sin pensarlo, a los visitantes del futuro.

Bellezas naturales intactas después de cuatro siglos: Puerto Rico posee intacto en muchos sentidos su virgen encanto tropical. Positivamente posee hoy, para comodidad del turista, todas aquellas mejoras que la civilización moderna demanda, pero cierto es también que no han sufrido ninguna transformación los embelesadores encantos con que lo dotó la Naturaleza.

En suma, es una bendición su uniformidad

de clima, no exento sin embargo de ligeras alteraciones, del mismo modo que su configuración montañosa, su siempre lozana verdura tropical y el cambio constante de la luz y de la sombra sobre sus innumerables panoramas, perenne deleite del que los contempla.

Famosos desembarcos: Al transitar por las playas de la Isla, el turista pensará en el valor histórico de otros desembarcos en las mismas riberas que hoy huellan sus plantas.

En Aguadilla fué donde primero tocaron las naves de Colón en busca de agua. En Santurce, los ingleses con Lord Cumberland a la cabeza en 1598, y más tarde en 1797 otras tropas inglesas hicieron también allí un desembarco para verse obligadas unas y otras a reembarcarse precipitadamente (dos semanas más tarde la segunda expedición). En Guánica, en la costa sureste, está lo más interesante para el turista americano, pues fué allí, en el 1898, donde las tropas americanas al mando del General Miles efectuaron su desembarco.

Otros sitios interesantes: Si al desembarcar envía un cable a su casa, recuerde que en Arroyo fué donde Morse probó por primera vez su invención del telégrafo. Y si emprende el viaje maravilloso por la Carretera Central, deténgase en Coamo y vea la fuente más antigua de América, famosa desde los días de la conquista española y cuyas aguas ya eran apreciadas por los indios a causa de sus cualidades minerales, mucho antes de que ojos de hombres blancos se fijaran en Puerto Rico.

Hay mucho que puede interesar al turista en Puerto Rico según sus gustos y caprichos; carreras hípicas y excelentes juegos de pelota; cinematógrafos de primera clase, mercados animadísimos con escenas y tipos ocupados en la venta y compra de vegetales u otros artículos, desde un sombrero de paja a una cesta de forma rara o un vaso de tamarindo, ese brebaje tan delicioso como saludable. Hay un bello parque junto al mar, una gran estación inalámbrica, el Cuartel de Ballajá, construído para acomodar dos mil soldados españoles, y donde se albergan ahora numerosos puertorriqueños que forman parte del ejército del Tío Sam, cuarteles sobre los cuales flota la bandera de las Franjas y las Estrellas. Si visita la Isla a principios de fe-

brero se encontrará el turista con el Carnaval y verá en todo esplendor el Ayuntamiento de San Juan, construído en 1799, y frente al cual se dan conciertos nocturnos.

San Cristóbal: Si se quiere admirar una espléndida vista panorámica de San Juan y las aguas que la rodean hay que visitar el Castillo de San Cristóbal, la antigua fortificación construída años antes de la revolución de las colonias americanas en 1776, para la defensa de la posesión española de Puerto Rico contra las maniobras de la flota inglesa, que había ya tomado a la Habana, Cuba y otros dominios españoles de las Indias de Occidente.

Ande si tiene usted alientos o haga el camino en automóvil—no importa la manera cómo llegue usted allí—pues lo interesante es que no deje de saludar a este silencioso centinela destacado en el corazón de San Juan. El viejo reducto, que ostenta en sus murallas ennegrecidas por los años cicatrices causadas por la lucha y el tiempo, y que en días remotos sostuvo brillantemente la defensa en contra de ladrones y filibusteros de los mares españoles y de enemigos de España, incluyendo daneses atrevidos y almirantes ingleses empeñados en la captura de la ciudad de San Juan.

San Cristóbal, aunque no puede reclamar para sí la edad de El Morro—cuya construcción se empezó en 1539 y no fué terminada hasta cerca de dos centurias y media después, ofrece a la vista del pasajero el panorama más sorprendente. Situado sobre una altura en el extremo oriental de la vieja ciudad, desde sus baluartes y murallas se contempla el paisaje fascinante de la ciudad y el mar de zafiro que acaricia las playas de la Isla.

La Garita del Diablo: Y ahora observad esa solitaria garita que se proyecta sobre el mar y que es conocida de todos como la “Garita del Diablo”. El turista llega al conocimiento de muchas leyendas acerca del por qué de su nombre, cual es que allí desaparecían antiguamente, una y otra vez los centinelas estacionados para vigilar a los enemigos del “Puerto de la Riqueza.”

Todas estas leyendas son fantásticas y en todas ellas el Demonio está complicado en distintas formas, pero hay una que se aproxima a la naturaleza humana, especialmente a la

naturaleza de un salvaje ladino. Pero aún eso tiene que ver con el Diablo, ese Diablo que hace a los hombres mentir a inocentes mujeres.

La leyenda: Y ahora escuchad la leyenda tal cual fué contada al autor una noche, mientras comía con un ciudadano de San Juan. Hace largos años—así dice la historia—vivía con sus padres una bella damisela india, que atraía las miradas atrevidas de los valientes, de igual manera que una bella flor atrae a las abejas, y que hacía que sus corazones latieran como baten las olas las playas de Borinquen.

Sobre el océano vino un soldado español, una mera unidad de la fuerza enviada a fortalecer la guarnición de Puerto Rico, pero un atrevido y apuesto mancebo, un conquistador de agraciadas sonrisas.

Su nacimiento: Y luego aquel hombre y aquella mujer se encontraron—ella la hija de la naturaleza, y él, procedente de la tierra de los Dones—y de aquel encuentro surgió un romance, un juego de amor que dió vida a un infante y realidad a las misteriosas tragedias que dieron nombre a la garita que véis allá abajo.

Los soldados españoles no venían a Puerto Rico a solazarse en idilios amorosos, su trabajo era el de Marte y no el de Venus; de manera que, conocida su aventura por los oficiales, se le impuso un castigo sumarisimo. Fué encerrado—quien sabe si tal vez en aquel calabozo que véis a nuestra izquierda, en tanto que la doncella india juraba satisfacer su venganza, no sólo sobre el soldado, sino sobre todos los hombres que usaran el mismo uniforme de quien una vez fué su amante.

Bautizado con sangre: Y para conseguir esa venganza, en las altas horas de la noche, en esas horas que preceden al alba, en que las energías del hombre se hallan un tanto adormidas, acostumbraba a arrastrarse sigilosamente hasta la garita de entre las murallas de San Cristóbal y aguardar la ocasión de precipitarse sobre el guarda destacado allí, matarlo, arrojar su cuerpo al mar y desaparecer silenciosamente.

Uno tras otro, todos los centinelas desaparecían, el misterio de la garita solitaria se espesaba cada vez más y nadie podía explicarlo.

Pasó el tiempo, y una noche, mientras ella se

arrastraba hacia el centinela, pudo ver, gracias a un rayo de luna, delante de sí al hombre que buscaba, a su falso amante. Silenciosa, sigilosamente se le acercó, poniendo en juego todo arte de salvaje astucia, con los nervios en tensión y todas sus facultades empeñadas en la realización del acto culminante de su venganza.

Ignorante del peligro cercano, el soldado escudriñaba el mar, o tal vez dormitaba bajo el encanto de la noche del trópico; luego—una rápida y silenciosa acometida, una puñalada y una forma oscura, iluminada por un reflejo de luna que atravesó las nubes, en el instante en que el golpe mortífero atravesara el corazón del soldado, manchando de rojo su chaqueta, según caía al fondo del mar movedizo.

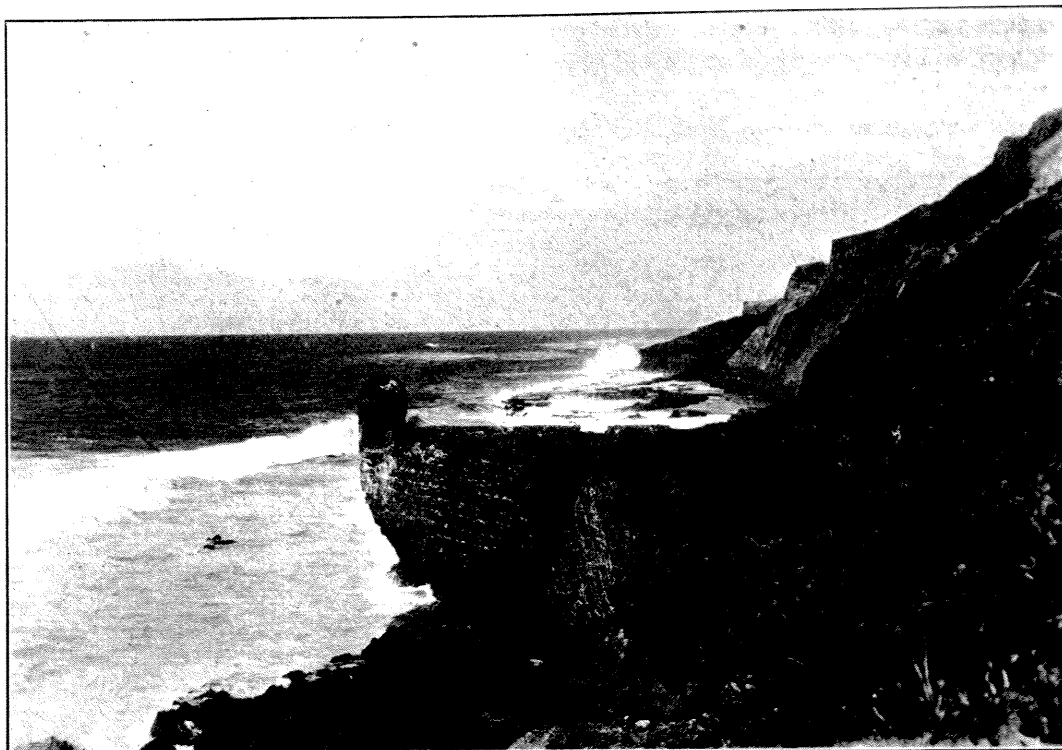
Lo que ocurrió después: Y luego cesaron las desapariciones, tal vez porque la niña india separada de su amante en la vida, se le unió en la muerte en las aguas agitadas.

Quizá si, una vez cumplida su venganza, huyó a las selvas de la Isla, lejos del hombre blanco, para allí convertirse en la esclava del hombre rojo; o tal vez, para morir, una vieja y arrugada abuela en cuyas poco atractivas facciones jamás se adivinaran trazas del romance.

¿Es cierta esta leyenda? ¿Es ésta la verdadera versión del origen del nombre de la garita encantada de San Cristóbal? No se me pregunte, pues sólo he repetido la historia tal cual la oí de labios nacidos en esa isla de romance y leyenda.

Si usted quiere saber más, venga a San Juan y contemple las maravillas que San Cristóbal brinda a las miradas del turista, vea la garita encantada, y luego reflexione en que su situación solitaria y las cavilaciones de la inteligencia humana, aguzada por la injusticia, tienden a dar veracidad a la leyenda.

Prados como los de Inglaterra: No debe olvidarse alguna visita a una central azucarera para ver las grandes máquinas que extraen el jugo de la caña—primer paso en la fabricación del azúcar que nos presentan todas las mañanas en la mesa del desayuno. En la Central Fajardo hay otra vista que trae a la mente del turista el recuerdo de su tierra—vastos y verdes prados como los del Norte o de Inglaterra,



LA GARITA DEL DIABLO, FAMOSA EN LA HISTORIA Y EN LA LEYENDA.
THE HAUNTED SENTRY BOX, FAMED FOR ITS LEGEND.

cuyos iguales no esperaba admirar en los trópicos.

Difícil tarea la de describir tantos encantos: A otros colaboradores se les ha asignado el describir en este libro, según su competencia, el desarrollo de la Isla en los diversos sentidos y las grandes oportunidades que ella brinda. Al autor de este tributo a Puerto Rico—un simple visitante—se le ha encargado una labor que pudiera parecer más simple; la de presentar a Puerto Rico, tal como aparece a los ojos de un turista. Pero el mejor medio es venir a esta perla de las Antillas, cima de una montaña submarina—la cordillera más vasta y llena de

precipicios que hay en el mundo, bañada por el mar Caribe y el Atlántico y refrescada por los vientos alisios, admirar sus bellezas, gozar de su clima y de la hospitalidad de sus habitantes. Y, en fin, contemplar como lo hace el autor al terminar estas notas descriptivas, la puesta del sol de Puerto Rico, dorando y pintando las montañas, los valles, el mar, las lagunas, los edificios y las torres, la obra de Dios y la obra del hombre, con admirables tintes rosa, verde y púrpura. Se convencerá entonces de que es empresa de las más difíciles la de describir las bellezas de Puerto Rico tal y como aparecen a los ojos del turista.